

# El horacianismo en la poesía de Heredia.

José María CHACON y CALVO

## Enunciación del tema

Cuando habló por primera vez de Heredia el maestro Menéndez y Pelayo, precisamente al estudiar la poesía horaciana en los pueblos hispánicos, presentó al cantor del Niágara como un poeta antihoraciano en sus más puros valores, en los elementos esenciales de su lírica. Recordemos los conceptos precisos y terminantes del gran crítico:

“Heredia no fué nunca, ni estaba en su índole ser poeta horaciano, por más que en su colección figuren algunas odas sáficas, de lo más flojo e insignificante que hay en ella. Precisamente las cualidades que más faltaban a su estilo son las que caracterizan a Horacio: le falta sobriedad, le falta medida, le falta escogimiento de expresiones, esmero en los detalles, novedad y oportuna aplicación de los epítetos, todo aquel artificio de dicción docta y laboriosa que Petronio compendaba bajo el nombre de “curiosa felicidad de Horacio” (1).

En líneas generales no puede discutirse la tesis de Menéndez y Pelayo. Temperamentalmente no era Heredia un horaciano, ni el mismo torbellino de su vida, esa rara volubilidad de su suerte de que habla el poeta en la advertencia de la segunda edición de sus versos, que tiene mucho de retrato moral del gran lírico, propendía a que el horacianismo, que había tenido en Cuba una temprana manifestación, se revelase en la obra del meditativo del Teocalli. Pero si no es el horacianismo una de las características de esta poesía, hay en la obra de Heredia momentos apacibles y serenos, de recogimiento y soledad, de melancóli-

(1) *Horacio en España*. Tomo II, pág. 265.

ca meditación en los que el poeta se nos presenta con una fisonomía distinta, con un nuevo énfasis, o mejor dicho, sin ningún énfasis, y observamos entonces insospechadas afinidades con la lírica del venusino.

Trataremos de comprobar este aserto con la mayor precisión y brevedad.

### La poesía horaciana

Toda una tradición central en la poesía española, que tiene en nuestra lengua su primera manifestación en el Marqués de Santillana, autor de una paráfrasis bellísima del *Beatus Ille*, y en las postrimerías del siglo XIX resplandece en el neoclasicismo de Menéndez y Pelayo, halla en Horacio su aliento vital, su punto de partida y su término. En nuestra América esta escuela de sobriedad y buen gusto tiene insignes representantes: D. Andrés Bello, D. Miguel Antonio Caro, D. José Joaquín Pesado. . . . La influencia del gran modelo lírico de la antigüedad clásica en el cantor triunfal de Junín —D. José Joaquín de Olmedo— es un hecho sobradamente divulgado. En Cuba hemos de encontrar, como ya veremos más adelante, esta presencia horaciana en los mismos albores de nuestra lírica.

La serenidad de la poesía horaciana al través de las más variadas vicisitudes, está diciendo bien a las claras que Horacio no es el clásico al que tenemos que llegar por las vías de la historia, al que vemos siempre en una perpetua lejanía, sino al poeta cuya presencia real, sustantiva, dominadora, sentimos en nuestro tiempo y alcanza una singular vigencia estética.

Horacio es el equilibrio, la ponderación armoniosa, el justo sentido de la palabra adecuada, la elegancia no ya de la forma sino interior y que parece ser en el poeta como una virtud nativa.

Con agudeza crítica el gran humanista D. Miguel Antonio Caro sintetizó en esta forma las características de la poesía horaciana:

“Rasgo común a todas las composiciones de Horacio, ora líricas, ora familiares, es el uso que hace el poeta de imágenes para comunicar lo que piensa y siente. *Ut pictura poesis* Horacio huye siempre de las abstracciones: en Horacio la tempestad es Júpiter que lanza rayos de la encendida diestra, o que hace rodar su carro sobre las nubes; la Victoria, una diosa que desciende con coronas en la mano. Aún en lo fami-

liar: si habla del aplauso de los amigos, lo llamará aprobación a *dos pulgares*, refiriéndose a cierta seña que hacían los espectadores en el circo; si se trata de expresar que un hombre arruinado se ve obligado a ejercer oficios humildes, no se contentará Horacio con calificar éstos, sino que los definirá diciendo: "ese hombre tendrá que ganar su salario arreando el rocín de algún hortelano". Horacio es perpetuamente pintoresco.

"Del habitual uso de imágenes resulta la costumbre de delinear los objetos: *la individualización*, porque los términos genéricos expresan ideas vagas, y no se puede pintar sino particularizando, o mejor dicho, individualizando la cosa. Si Horacio intenta, por ejemplo, describir el lugar campestre y retirado donde va alguno a solazarse en día festivo, pintará "*el pino ingente y el álamo blanco, que a orillas del torcido riachuelo enlazan gustosamente sus ramos formando con ellos hospitalaria sombra*". Sabe el arte de pintar con palabras" (1).

Es así, la poesía horaciana, cabal antítesis de abstracciones metafísicas, de nebulosidades de pensamiento y estilo. Menéndez y Pelayo encarnó en Horacio el genio de la latinidad. Una transparencia mediterránea, una luminosidad del sagrado mar latino, dan su matiz característico a las Odas, Sátiras y Epístolas del gran poeta venustino. Con su fresco entusiasmo juvenil en una célebre Epístola cantó quien había de ser el clásico historiador de la poesía horaciana, la gracia lírica de este arte perenne. Recordemos los versos de la adolescencia prodigiosa de Menéndez y Pelayo:

¡Cuánta imagen fugaz y halagadora,  
al armónico son de tus canciones  
brotando de la tierra y del Olimpo  
del escolar en torno revolaban  
que ante la dura faz de su maestro,  
de largas vestimentas adornado,  
absorto contemplaba sucederse  
del mundo antiguo los prestigios todos:  
clámides ricas y patricias togas,  
quírites y plebeyos, senadores,  
filósofos, augures, cortesanos,  
matronas de severo continente,

(1) *Observaciones de D. Miguel Antonio Caro sobre la poesía horaciana en "Horacio en España"*. Tomo II, págs. 376-377.

esclavas griegas de ligera estola,  
sagaces y bellisimas libertas,  
aroma y flor en lechos y triclinios,  
múrrinos vasos, ánforas etruscas;  
en Olimpia, cien carros voladores,  
en las ondas del Adria la tormenta,  
en el cielo, de Júpiter la mano,  
la Náyade en las ondas de la fuente,  
y allá en el valle tiburtino oculta  
la dulce granja del cantor de Ofanto,  
por quien en áureos, venusinos metros,  
en copioso raudal se precipitan  
al ancho mar de Pindaro y de Safo!

Este mundo policromo y diverso, esta síntesis maravillosa de la antigüedad se revelan en la poesía de Horacio con la mayor concisión, con un sentido inconfundible de precisión y parquedad. Por ello, por estas circunstancias típicas, ningún arte puede estar más apartado del canon horaciano que el de la poesía elocuente, discursiva y razonadora. En Heredia hay un frecuente tributo a esta modalidad lírica, que alcanzó en tiempos del poeta su más alta y cumplida expresión en Don Manuel José Quintana. Pero no todo Heredia se explica dentro de la elocuencia poética, la lírica razonadora, proselitista, el verso altisonante y discursivo. Hay un Heredia meditativo, sereno, casi diría ensimismado. Sobre este poeta proyectarán su sombra apacible y suavísima los recuerdos humanísticos de una infancia cargada de prodigio y asombro.

La educación inicial  
y el ambiente humanístico

Todos recordarán la conocida anécdota. Don Francisco Javier Caro, hombre de mucha erudición, de formación clásica, puso en manos del poeta niño un ejemplar de Horacio. Heredia tradujo unas páginas de corrido. Su pariente y amigo exclamó: puedes considerarte un buen latino, pues se necesita serlo para traducir a Horacio como lo haces tú. Entonces Heredia tenía ocho años de edad. Vivía en Santo Domingo, ciudad primada de América: allí comenzó su aprendizaje humanístico; allí, en su niñez prodigiosa, había de encontrar ambiente pro-

picio para su culto de las humanidades (1).

Andaba a la sazón su padre, el austero Regente de Caracas, Don José Francisco, en grave misión diplomática. Había sido el mentor vigilante de la educación del primogénito precoz. En medio de sus hondas preocupaciones piensa en esta dulcísima tarea que se había impuesto y que ahora no puede cumplir por sí mismo. Y escribe a su mujer una carta que no podemos hoy leer sin una honda y penetrante emoción. Nada nos acercará tanto a la austeridad vigilante del padre y a la niñez prodigiosa del hijo:

“A José María que estudie todos los días su lección de lógica, y lea el capítulo del Evangelio, de las cartas de los Apóstoles y los Salmos, como lo acostumbraba hacer conmigo todas las tardes; que repase la doctrina una vez a la semana, y el Arte Poético de Horacio y de Virgilio un pedazo todos los días y los tiempos y reglas del Arte, para ponerlo a estudiar Derecho, cuando venga aquí y darle su reloj si lo mereciere con su obediencia y buena conducta en este tiempo”.

Toda la infancia del poeta se ilumina con estas palabras llenas de emoción de lo cotidiano, de detalles minuciosos y precisos de la carta familiar. Y estas normas de estudio y de conducta nunca las olvidará el poeta.

Si realizó estudios mayores en Santo Domingo o en Caracas, como afirman las antiguas biografías de Heredia, es cosa que no ha podido probarse. Los documentos son hasta ahora negativos. En su instancia al Virrey Apodaca habla nuestro lírico de sus estudios hechos en la Habana y no dice nada de los que pudo realizar en Santo Domingo y en Caracas.

Con pruebas precisas, las que se desprenden de su expediente universitario, constan estos hechos:

- (1) Sobre el ambiente humanístico de Santo Domingo de 1810 a 1815, véase el interesante estudio del docto investigador Emilio Rodríguez Demoriz: *El cantor del Niágara en Santo Domingo* (Santo Domingo, 1939). Nuestro Martí en su maravilloso discurso sobre Heredia pronunciado en Nueva York, en 30 de noviembre de 1889, describe así el ambiente horaciano de la niñez de Heredia:

“El latín que estudiaba con el maestro Correa no era el de Séneca, difuso, ni el de Lucano, verboso, ni el de Quintiliano, lleno de alamares y de lentejuelas, sino el de Horacio, de clara hermosura, más bello que los griegos, porque tiene su elegancia, sin su crudeza, y es vino fresco tomado de la uva, con el perfume de las pocas rosas que crecen en la vida. . . .”.

a). Hay un período de iniciación universitaria en la Habana en 1818.

b). Continuación de estos estudios en México (años 1819 y 1820).

c). Conclusión de los mismos nuevamente en la Habana en 1821. En nuestra Universidad se recibe de bachiller en Derecho en 12 de abril de 1821, desenvolviendo ante el tribunal la siguiente tesis:

*Servo heredis legare non potest.*

¿Qué ambiente es el que va a envolver al poeta en sus años de iniciación? Digámoslo sin un titubeo: un ambiente profundamente humanístico. Son años decisivos los que va a vivir Heredia en México, en esta etapa formativa: los de su adolescencia. De los 15 a los 17 años vive el poeta en el México virreynal, que está ya próximo a una esencial mudanza. Es decir, que se ve envuelto por un medio que había sido en las postrimerías del siglo anterior el centro de la cultura humanística de América.

La reacción clásica, que en España se inicia en la segunda mitad del siglo XVIII, se produce en el virreinato de Nueva España con singular pujanza, animada más que por la suave y tibia luz de una imitación directa y literal, por la llama creadora, por la centella estética. No fueron los claros varones que lo representaron rígidos preceptistas, ni formales comentadores de la letra de los clásicos. Tuvieron una visión clara y depurada de la antigüedad latina; y si el espíritu helénico no vivificó sus obras y les dió su aliento inmortal, fue porque el mundo griego estaba oculto a los ojos de todos y esperaba para ser revelado e interpretado el genio de la intuición artística, personificado en Winkelmann (el último hombre del Renacimiento, como le llama Pater) y al genio de la liberación crítica personificado en Lessing.

Los ejercicios de versificación latina dejaron en manos de los jesuitas Abad, Alegre y Landívar, de ser tales, para convertirse en verdadera poesía, rica en la dicción, precisa y sobria en los conceptos y en uno de ellos, en el autor de *La Rusticatio Mexicana*, de espléndido colorido, que ha pasado con toda su brillantez y fuerza plástica al más reciente de los grandes poetas humanistas de México, Monseñor Pagaza, (muerto en 1919), insigne traductor del gran poema virgiliano de Landívar.

La tradición de buenas humanidades persistía en el México de los años preliminares a la guerra de independencia y en el del mismo movimiento liberador. Recorramos las páginas de la obra monumental *Antología del Centenario*, que publicó el gobierno de México para conmemorar el primer siglo de la declaración de independencia, y a cada momento encontraremos traducciones griegas y latinas, desde luego con predominio ostensible de estas últimas. No son aisladas, no son fragmentarias. Ochoa traduce las *Heroidas* de Ovidio, y alguien compara la traducción con la clásica de Pero de Mexía; los hermanos Larrañaga, traducen a Virgilio en estilo pedestre y ramplón y componen rapsodias formadas de versos literales o de reminiscencias clarísimas del mantuano; aparecen tratados de Latinidad, se reimprime la *Instrucción para hacer versos latinos* de Pedro Rodríguez Arizpe y en las célebres *Gacetas de Literatura* de Alzate, Horacio es traducido, imitado, parafraseado. Oíd el tono de estos versos: es el comienzo de la *Persicos Odi* de Horacio; el traductor es Ochoa:

Los aparatos pérsicos no quiero,  
ni las coronas con esmero insigne,  
ni el sitio busques, do exquisita rosa  
tarda se cría.

Procuró sólo que al sencillo mirto  
nada le añadás: tanto a ti que sirves.  
Bien está el mirto como a mí que bebo  
bajo las vides.

Pero esta presencia de elementos clásicos no se advierte sólo por estas traducciones, imitaciones y paráfrasis. En ocasiones un poeta civil, Don Andrés Quintana Roo (ejemplo de austeridad ciudadana y de fina y múltiple curiosidad literaria), al componer sus odas patrióticas aparece lleno de reminiscencias horacianas. Catulo, Marcial y nuevamente Ovidio, alcanzaron versiones más o menos imperfectas, y ampliándose el círculo, los acentos de profunda emoción lírica de Safo tienen un eco tenue, casi desvanecido en este coro de humanistas, poco o nada poetas, menos penetrados del espíritu antiguo que Landívar, Alegre y Abad, pero hombres estudiosos y preocupados por la tradi-

ción clásica (1).

Tampoco faltó en Heredia esta preocupación clásica, no sólo en la iniciación literaria en la que rinde culto al pseudo clasicismo con los versos sáfico-adónicos de sus débiles y extensas poesías *La Prenda de la Fidelidad* y *A la hermosura*, en donde hay, sin embargo, aisladamente estrofas de elegancia formal, sino en los años de su probada juventud en los que el poeta es actor apasionado y heroico de las grandes luchas políticas de su tiempo.

Rasgos humanísticos  
de la obra de Heredia

En un largo ensayo que consagré a nuestro gran lírico en 1915, traté de fijar el proceso de la poesía herediana, que, hoy como entonces, veo resumido en tres momentos capitales:

- a). El de su primera estancia en México (época de formación y de influencias humanísticas).
- b). El del estudio asiduo de los poetas salmantinos.
- c). El del inicio de la tendencia romántica (culto al pseudo Ossis, traducciones e imitaciones de Byron, Millevoye, Lamartine).

Como el humanismo mexicano, es la poesía del grupo salmantino una de las formas de la reacción clásica. Hay una firme tradición estética en los poetas de este grupo, que los une en una escuela literaria, con caracteres no ya formales, sino internos. Surge como movimiento de negación y protesta, niega la eficacia poética de la tendencia de Iriarte, protesta con elocuencia del prosaísmo de sus secuaces, y después afirma —y esta es su más alta virtud— los caracteres propios, distintivos del lenguaje poético. No se propuso por modelo, a pesar de llamarse escuela salmantina, al más clásico y sereno de los líricos españoles, el divino Fray Luis; no tuvo el vuelo metafísico de la misma escuela en su época áurea, pero amplió el caudal poético, renovó el prestigio del verso suelto, creó nuevos modos de la retórica y a la trivialidad del asunto de la poesía substituyó un noble y comunicativo entusiasmo por las grandes empresas de la vida. Amó, con algún exceso, las

(1) Consúltese sobre este ambiente humanístico el excelente estudio de Pedro Henriquez Ureña: *Traducción y paráfrasis en la literatura mexicana de la época de Independencia*. Anales del Museo Nacional de Arqueología. Tomo V, México, 1930.



pompas del lenguaje y gusto demasiado de las dificultades técnicas. Estos dos fueron sus capitales defectos. Pero, contemplado el panorama lírico del siglo XVIII español, ¡qué paso tan decisivo se había dado! ¡Cómo se columbraban ya en el horizonte los signos de la revolución romántica!

El trato frecuente con los poetas salmantinos (hay una visible influencia a lo largo de la producción herediana de Cienfuegos, de Meléndez Valdés, de Jovellanos) afirmará en nuestro autor su culto por las humanidades.

En su producción poética dispersa, no recogida ni en las ediciones que en vida publicó ni en las muy numerosas aparecidas con posterioridad a su muerte, hay una muestra muy interesante de su comercio directo con los clásicos: su traducción de un pasaje virgiliano de relativa extensión que dió a luz en *La Miscelánea*, una de sus varias empresas periodísticas de México, en el número correspondiente a marzo de 1830. En una nota que inserta al pie de la olvidada traducción, manifiesta Heredia que con ella quiere desagrar la memoria del cisne mantuano, víctima de recientes y detestables traducciones: hay aquí, sin duda, una evidente alusión al prosaísmo de los hermanos Larrañaga. Un extracto de este fragmento de *La Eneida* comprobará la dignidad majestuosa de Heredia como traductor clásico:

Ocultábase apenas a la vista  
la tierra de Sicilia, y a las velas  
daban al alto mar (1), con férrea prora  
cortando en torno la salada espuma,  
cuando Juno potente a quien devora  
rencor eterno el lastimado pecho  
hablaba así: "Desistíré vencida  
de la empezada empresa, y el camino  
fatal de Halia seguirá seguro  
el orgulloso rey de los troyanos?  
¿A mi furia los hados inhumanos  
se oponen? Pero ¿Palas, vengativa  
de los Argivos no abrasó la armada,  
y hundiólos en el mar de Ajax Dileo  
por el furor y crimen? Irritada  
ella lanzó de las ardientes nubes

(1) Los troyanos al mando de Eneas. (Nota de Heredia).—La traducción herediana corresponde al libro I de *La Eneida*.

el raudo rayo del potente Jove  
y dispersó las naves, y los mares  
trastornó con la furia de los vientos  
Áyax agonizante, desgarrado  
el corazón por el eterno fuego,  
en fiero torbellino arrebatado  
por ella fué, y en ásperos escollos  
murió clavado. Y yo de las deidades  
reina, hermana y esposa del gran Jove,  
por tantos años a la tencia gente  
¿habré de perseguir inútilmente?  
Y ¿quién de hoy más a la ultrajada Juno,  
adorará, ni humilde ante sus aras  
querrá sacrificar?.....

El pasaje de la tempestad desencadenada por Eolo recuerda el impetu lírico de la Silva al Niágara:

‘Por la brecha los vientos furibundos  
en cerrado escuadrón se precipitan,  
salen, y con inmenso torbellino  
cubren de polvo la confusa tierra.  
Euro, Noto y el Africo funesto  
bajan al mar hasta sus hondas simas  
revuelven irritados, y a las playas  
rodando impelen sus inmensas olas.  
El mísero clamor de marineros  
y el rechinar siniestro de los cables  
el aire llena, y apiñadas nubes  
quitan el cielo y luz a los troyanos.  
La obscuridad, cual noche pavorosa,  
extiende sobre el mar sus negras alas.  
Truenan los altos polos y la esfera  
brilla con mil relámpagos, y en torno  
ven los troyanos próxima la muerte”.

Todo Heredia está en estos versos. Al transcribir estos majestuosos endecasílabos, quiero dedicar un recuerdo emocionado al joven y malogrado erudito cubano, inolvidable y generoso amigo mío, el Dr. Enrique Larrondo y Maza, por quien vine a conocerlos, ya que en mis fugaces días de México no pude investigar de una manera detenida alguno de los aspectos de la vida de Heredia —la política— y cerciorarme cabalmente de que sólo una indagación dilatada, minuciosa, en los archivos y bibliotecas de aquel país, al que la gloria y el infortunio

del poeta están íntimamente unidos, podría darnos la definitiva semblanza de nuestro bardo nacional. El exilio a que se vió obligado Larrodo, joven íntegro, modelo de austeridad ciudadana, le permitió dar amplio cauce a su vocación investigadora y pudo acopiar un cúmulo de noticias y datos peregrinos, que no llegó, por su temprana muerte, a incorporar al libro que proyectaba sobre José María Heredia. Entre sus papeles de trabajo, entre sus notas de investigador aparece esta magnífica traducción herediana del fragmento de *La Eneida*. Por eso cumplo un deber de conciencia rindiendo en esta hora mi homenaje de gratitud y admiración a la memoria de aquel probo, doctísimo y malogrado investigador de nuestra historia literaria.

No es este el único momento virgiliano de la lírica de Heredia. Hay un poeta del siglo XVIII que escribe uno de los grandes poemas tributarios por el espíritu, por el procedimiento, por los mismos recuerdos literales, de Virgilio, que se han escrito en todos los tiempos. Es Landívar, el autor de la *Rusticatio Mexicana*. Heredia es lector asiduo del gran virgiliano de América. Una de las poesías antológicas de nuestro autor, el fragmento descriptivo de la *Muerte del toro*, tiene el acento inconfundible de los poemas de Landívar, en los que el rasgo anecdótico, de poesía cotidiana, alterna con la majestuosa visión del conjunto.

La pintura del toro, en medio de la lid, es de un vigor extraordinario:

Párase el toro y su bramido expresa  
dolor, profunda rabia y agonía.  
En vano lucha con la muerte impía,  
quiere vengarse aún, pero la fuerza  
con la caliente sangre que derrama  
en gruesos borbotones, le abandona,  
y entre el dolor frenético y la ira.  
vacila, cae y rebramando expira.

En contraste con este insuperable momento descriptivo está la alusión cotidiana, que por cierto sugiere muy serias dudas acerca del conocimiento que el grande antagonista de la fiesta bárbara tenía de la crianza de los toros de lidia:

....Y por el polvo vil huye arrastrado  
el cuello, que tal vez bajo el arado  
era de alguna rústica familia  
útil sostenedor.

Otro cuadro descriptivo, y éste traducción directa de Landívar, claramente confesada por Heredia, aparece en la obra copiosísima del gran Erico. Al publicarlo en el *Calendario de Galván*, en 1836, Heredia puso una nota al pie haciendo el debido elogio del olvidado poeta virgiliano. "Sacerdote mexicano (1) que escribió en latín bellísimas poesías", dijo entonces Heredia del autor de la *Rusticatio*.

La gallardía de la escena culminante de la pelea tiene la más firme entonación clásica:

.....Con repentino salto  
en el aire se chocan, pecho a pecho  
fuerte se oponen y mezclan furibundos,  
pies robustos a pies, hierros a hierros,  
sin que ninguno su furor deponga  
hasta que al adversario postre yerto  
bajo el rigor de su temible espada  
en el campo letal. Con tardo vuelo  
giran las plumas por el aire vago  
y las entrañas del rasgado seno  
vierte aquel moribundo, anhela, expira,  
y sucumbe infeliz al hado acerbo.  
Triunfa su vencedor: la insana turba  
en torno aplaude con clamor inmenso  
y él agitando las doradas plumas,  
que tornasolan su pintado pecho,  
celebra la magnífica victoria  
con faz erguida y sonoro acento.

(Pelea de gallos).

Acentos virgilianos inconfundibles vienen a dar una suavísima entonación a composiciones descriptivas de Heredia, en las que ya se veía en el poeta adolescente al creador de nuestro gran paisaje literario. Estos versos pertenecen a una composición que Don Domingo del Monte insertó en el anuncio que hizo en *El Revisor político y literario* (31 de mayo de 1823), de una frustrada edición de Heredia, con quien se

(1) Así dice Heredia, pero Landívar era guatemalteco y Guatemala le ha considerado siempre como una de sus glorias más legítimas.

proponia dar la batalla a los partidarios del mal gusto.

Hora serena en la mitad del cielo,  
ríos a nuestros campos agostados,  
bañando su verdura con plácida frescura.  
Calla toda la tierra embebecida  
en mirar tu carrera silenciosa;  
y sólo se oye la canción melosa  
del tierno ruisenior, o el inoportuno  
grito de la cigarra; entre las flores  
el céfiro descansa adormecido,  
el pomposo naranjo, el mango erguido,  
agrupados allá, mi pecho llenan  
con el sublime horror, que en torno vaga  
de sus copas inmóviles. Unidas  
forman entre ellas bóveda sombría,  
que la tímida luna con sus rayos  
no puede penetrar. Morada fría  
de grato horror y oscuridad sombría,  
a tí me acojo, y en tu amigo seno  
mi tierno corazón sentiré lleno  
de agradable y feliz melancolía.

Quizá todo lo demás de la poesía sea una de las más desdichadas muestras del erotismo literario de Heredia. Mas en el cuadro descriptivo anterior ya percibimos una de las notas distintivas en el gran arte herediano: el sentido espiritual del paisaje. Se logra a pesar de que el recuerdo literario pesa mucho sobre el poeta que había de ser el gran intérprete de nuestra naturaleza en su doble sentido:

las bellezas del físico mundo,  
los horrores del mundo moral.

A pesar de todos los tiernos ruiseniores, estos versos de la adolescencia de Heredia señalan la aparición clara, indubitable, precisa, de nuestro paisaje en la poesía universal: y la sombra beatífica de Virgilio parece presidir el solemne momento.

El persistente  
recuerdo horaciano

No en la obra, tan sólo, sino en la vida caudalosa y diversa del gran poeta vemos la huella horaciana, el persistente recuerdo del venusino inmortal. Es una sombra familiar y querida, que se invoca en

los momentos más graves, más dramáticos o más contradictorios. Recordemos algunos.

En 1827 Heredia parece definitivamente afincado en la gran República Mexicana. El presidente Victoria, que según la expresiva pintura de Zabala en su admirable "Ensayo de las Revoluciones de México", era "un hombre del pueblo, porque su nacimiento, su trabajo y su fortuna habían sido para el pueblo", depositó de tal modo su confianza en el poeta, que le confió la redacción de los mensajes al Congreso. Pero los honores y las consideraciones de que disfruta Heredia no le compensan del agobio económico. Entonces el Ministro de Justicia, que a la sazón lo era el famoso constituyente D. Miguel Ramos Arizpe, que en las Cortes de Cádiz hizo oír la nueva voz de América, lo nombra Juez de Letras en Veracruz. El nombramiento produce un movimiento de protesta en ciertos sectores. El senador Alpuche acusa abiertamente al poeta de haber faltado a la verdad en su declaración jurada. Basa su aserto en los propios versos de Heredia. En una poesía escrita en 1822 confiesa su edad en la primera estrofa:

Volaron ¡ay! del tiempo arrebatados  
ya diez y nueve abriles desde el día  
que me viera nacer, y en pos volaron  
mi niñez, la delicia y el tormento  
de un amor infeliz.

El poeta, por tanto, en 1827 no podía tener veinticinco años. No fallan nunca las matemáticas. Y esos 25 años era la edad mínima para el ingreso en la carrera judicial.

¿Qué dirá Heredia en este trance? La cuestión ha trascendido y epístolas agrias se cruzan entre Ramos Arizpe, que aún mueve nuestra gratitud por la cordial simpatía que mostró por Heredia, y los impugnadores del poeta. Ante el gran Jurado Federal del Estado de México, ha de fallarse la controversia ruidosa. Aboga Heredia con suma habilidad. "¿Cómo, increpa a Alpuche, se basa en un texto poético para llegar a una prueba de Derecho?". "¿A dónde, a qué estrechos límites iba a quedar reducida la fantasía del artista?". Y lanza, como un reto, al senador mexicano dos versos de la Epístola a los Pisones, uno de los grandes códigos de poesía que ha conocido el mundo. Los versos 9 y 10 de la famosa Epístola de Horacio llenan de un resplandor descono-

cido el ambiente de aquel tribunal de Derecho:

*Pictoribus atque poetis  
quidlibet audendi semper fuit aequa potestas.*

A los pintores y a los poetas les es siempre permitido cierta audacia.

El Gran Jurado se rindió ante el ímpetu audaz de Heredia y no aceptó la impugnación de Alpuche. Pero Heredia desiste del nombramiento, quizá pensando en que el mayor bien de este mundo es la vida retirada que cantó el poeta del *Beatus Ille* (1).

Pasa algún tiempo. Heredia ha sido Magistrado, fiscal, tribuno. En 1828 ha pronunciado su admirable oración cívica de Cuernavaca, que es el credo democrático de Heredia. Su nombre tiene una aureola de respeto en todas partes. Un periódico, el más importante de México en aquellos años, *El Aguila*, dice de él: "es el poeta más distinguido de este suelo y acaso de toda América". No ha olvidado en todo este tiempo Heredia, que es un profesional de las letras. Así, el 25 de julio de 1829, lanza un nuevo periódico literario, *La Miscelánea*, que se propone dar a la República Mexicana una revista que refleje el grado de esplendor a que han llegado las letras en aquel país. En el prospecto de la nueva empresa hay una confianza un poco candorosa en el éxito de la aventura literaria: "las letras florecen bajo la oliva de la paz y en su calma tiene el espíritu humano el temple análogo a los bellos estudios que suavizan las costumbres, aumentan la sociabilidad y abren una fuente de placeres mentales siempre nuevos y puros". No mucho tiempo después escribiría Heredia a su entrañable amigo D. Tomás Gener:

"Me he visto perseguido por montes y sierras como una bestia feroz".

Pero en aquel entonces el poeta vivía en dulce paz y se cobijaba en la sombra del árbol simbólico.

¿Qué nombre será el numen tutelar de la empresa literaria? ¿Cuál

(1) El expediente de esta controversia curiosísima fué descubierto por el erudito mexicano D. Arturo Arnaiz y Freg, Secretario de la Junta Mexicana del Centenario de Heredia. Nuestro ilustre heredianista González del Valle lo publicó y comentó en *Revista Cubana*, año 1937.

otro habria de ser sino el de Horacio? Un lema horaciano explicará la índole del periódico:

*Miscuit utile dulci.*

Es una nueva alusión a la poética de Horacio. La cita corresponde al verso 343 de la Epístola de los Pisones. Se adaptaba cumplidamente a *La Miscelánea*, que unió siempre lo útil con lo agradable. Aquí aparecieron páginas esenciales de Heredia. Tan esenciales que algunas de ellas han servido para que el gran filólogo español Amado Alonso, que dirige desde hace algunos años el Instituto de Filología adscrito a la Universidad de Buenos Aires, y su ilustre discípulo Julio Caillet Bois, hagan en un artículo que me enviaron para *Revista Cubana*, esta afirmación cuya trascendencia no necesito encarecer:

“En español, a lo largo del siglo XIX, hasta la aparición de Menéndez y Pelayo, no hay crítica tan penetrante como la de Heredia”.

¿No es verdad que este papel de crítico de primer orden asignado a nuestro Heredia es la revelación del Centenario?

Si Horacio con su verso adoctrinador aparece en todos los números de *La Miscelánea*, su autoridad se invoca continuamente en las páginas del excelente periódico. Las citas pueden multiplicarse. Cuando comenta las obras de D. Fernando Calderón, cuando aconseja a un poeta innominado, autor de una oda *Al Poder de Dios*, que no olvide el precepto horaciano:

“Sumite materiam vestris, qui scribitis, aequam  
viribus..... (1)

la presencia de Horacio no falla, es constante en las páginas de *La Miscelánea*.

Y en el catálogo de la biblioteca del poeta, precioso manuscrito autógrafo de Heredia, que guarda nuestra Biblioteca Nacional, en la lista de poetas latinos, donde están los autores de la más pura latinidad, encontramos que nuestro autor poseía tres ediciones distintas de Horacio. Una quizá fuera el Horacio de los días de la niñez, el Horacio

“de mal papel y tipos revesados,  
vestido de rugoso pergamino”.

(1) Epístola a los Pisones. Versos 38 y 39.



que en súbita iluminación, en un resplandor sereno de belleza inmortal  
reveló al poeta

del mundo antiguo los prestigios todos. (1)

Ni en las ediciones recientes de París, con muy doctos comentarios, ni aquellas en ricas encuadernaciones en tafilete, ni los ejemplares con finos grabados en madera, tendrían para Heredia una significación tan íntima como el Horacio de su niñez extática, diría iluminada, que un día pudo leer a libro abierto y pareció adentrarlo para siempre en el espíritu de la latinidad.

El horacianismo en los orígenes  
de la poesía en Cuba.

Se ha afirmado, con sobrada razón, que la etapa del gobierno del General Las Casas señala en la historia de Cuba el momento de iniciación de una cultura autóctona. Se funda, por personal iniciativa de aquel gran gobernante la Sociedad Económica de Amigos del País, que es desde su actividad inicial genuina rectora de una cultura nacional. Bajo el patrocinio de Las Casas se publica también nuestro más antiguo periódico literario: el *Papel Periódico de la Habana*, cuyo primer número ve la luz en 24 de octubre de 1790. A partir de 1791 el periódico comienza a interesarse por la poesía.

En dos grandes grupos pueden dividirse las composiciones que aparecen en el *Papel Periódico*: las didácticas y las líricas. Las primeras casi siempre son, o sátiras contra las modas de la época —y son entonces una fuente documental muy curiosa para el estudio de las costumbres— o consideraciones sobre lo mal mirada que estaba la profesión del teatro. En el grupo de las composiciones líricas prima este tema: las dulzuras de la vida retirada. Solamente en 1791 —y téngase en cuenta que el periódico era bisemanal (aparecía los jueves y domingos) he encontrado unas trece odas a la soledad. Algunas son elegantes; ofrecen a veces, transcripciones literales de las Odas de Horacio, en las que el clásico trató ese tema, uno de los motivos esenciales de su poesía; en otras ocasiones, sobre el texto horaciano el autor anónimo

(1) Este verso y los anteriores que acabamos de citar son de la Epístola a Horacio de Menéndez y Pelayo.

(todas las poesías del *Papel* o son anónimas o aparecen con pseudónimos, muchos de los cuales aún no se han identificado) elabora una poesía de acento personal. Nótese que este tema de la soledad es uno de los más persistentes en la poesía española: sobre el mismo el insigne hispanista Karl Vossler, de tan hondo recuerdo entre nosotros por sus memorables cursos en nuestro Instituto de Altos Estudios, ha escrito un libro capital, cuya versión española verá la luz en la Habana en estos días. Un capítulo del admirable tratado del maestro de Munich está consagrado a la influencia de nuestra América en la elaboración de esa poesía de tan honda raíz hispánica. Al leerlo el autor en el Congreso de Americanistas de Sevilla, en 1935, tuve la honra de comentarlo en aquella sesión inolvidable, y a Vossler le produjo verdadero asombro esa profusión de odas a la soledad en la iniciación de nuestra lírica.

Una de estas poesías tan sólo he de transcribir completa: aparece anónima, en versos sáficos y tiene un acento varonil y sobrio:

No te deslumbre, Fausto, la riqueza,  
ni el poderío de los reyes altos,  
goza en paz quieta los dorados bienes  
de tus abuelos.

Sólo en el mundo es bienaventurado  
el que no aprecia pompas ni tesoro,  
y de miserias apartado tiene  
la medianía.

Buscan los hombres puestos elevados,  
viven inquietos y con paso tardo,  
cuando del monte llegan a la cumbre  
los bate el viento.

Reinan los reyes sobre los vasallos,  
el opulento manda al miserable,  
mas el Dios fuerte de las alturas,  
reina sobre ellos.

Mandos, riquezas, platos delicados  
más los alteran, nunca satisfacen,  
mientras la muerte sobre su cabeza  
vibra la espada.

¡Por qué, Fausto, por palacios grandes  
olvidaremos nuestra fiel cabaña,

si sus primores endulzar no pueden  
tanta amargura?

Cuando divulgué y comenté esta poesía en 1913, desde las páginas de la inolvidable *Cuba Contemporánea*, un crítico muy sagaz y docto, D. Constantino Cabal, redactor entonces de *Diario de la Marina*, señaló uno de los claros antecedentes hispánicos de esta elegante poesía horaciana. Acerca de este punto tuvimos entonces una enconada controversia: hoy la recuerdo con placer, porque ella fué el inicio de una amistad firme, en la que he podido aquilatar las altas virtudes del ilustre escritor español.

La poesía española que puede servir de precedente está en uno de los coros de una tragedia, que fué siempre una rareza bibliográfica, la *Nise Lastimosa*, del dominico gallego Fray Gerónimo Bermúdez, impresa en 1577. Esta poesía, al fin del acto segundo de la tragedia, es también enérgica paráfrasis del mismo tema horaciano:

Príncipes, reyes y monarcas sumos  
sobre nosotros vuestros pies teneis,  
sobre vosotros la cruel fortuna  
tiene los suyos.

Sopla en los altos montes más el viento,  
los más crecidos árboles derriba,  
rompe también las más hinchadas velas  
la tramontana.

Pompas y vientos, títulos y honores,  
no dan descanso más, ni más dulzura,  
antes más cansan y más sueño quitan  
al que los ama.

Como sosiegan en el mar las ondas,  
así sosiegan estos pechos llenos,  
nunca quietos, nunca satisfechos,  
nunca seguros.

No entraré en la vieja polémica de si la *Nise Lastimosa* es traducción de una tragedia del poeta lusitano Antonio Ferreira, consagrada en la leyenda de Doña Inés de Castro de tan vigorosa expresión dramática.

La poesía horaciana en Ferreira tiene una exacta corresponden-

cia con la de Bermúdez, en la que con tanta bizarría imita la oda de Horacio a Licinio. Creo que esta fuente basta para explicar los olvidados sáficos del *Papel Periódico*. Recordemos uno de los pasajes de la versión del Brocense:

Quien adamare dulce medianía,  
no le acongojan viles mendigueces,  
ni le dementan con estruendos vanos  
cosas reales.  
Más hiere el viento los erguidos pinos,  
dan mayor vaque las soberbias torres,  
y en las montañas rayos fulminantes  
dan batería.

Aún en el momento en que el coro de olvidados poetas del *Papel Periódico* dirige la vista a otras literaturas, persiste el tema de la soledad. En el número del 17 de junio de 1791, se publica una traducción de Pope, precedida por esta advertencia:

"El poeta A. Pope compuso la siguiente oda cuando sólo contaba doce años de edad. Los ingleses la tienen por tan buena como las mejores de Horacio. Un aficionado al inglés ha intentado ponerla así en castellano".

El comienzo de la traducción, en general bien trabajada, nos confirmará nuevamente esta presencia horaciana en nuestros orígenes líricos:

¡Cuán bienaventurado  
es el hombre que cibe su deseo  
y cuidadoso empleo  
al corto campo de su padre amado!

El recuerdo de Fray Luis de León, príncipe de los poetas horacianos, se aviva en otros pasajes de la traducción:

Con leche su vacada,  
trigo su tierra, lana sus carneros,  
y los calores fieros,  
sus árboles con sombra regalada,  
en frías estaciones  
leña le sirven para sus fogones.

Versos que parecen un débil trasunto de la inmortal escena georgica de Fray Luis:

Cual hace la Sabina o Calabresa  
de andar al sol tostada,  
y ya que viene el dueño, enciende apriessa  
la leña no mojada.  
Y ataja entre los zarzos los ganados  
y los ordeña luego,  
y pone mil manjares no comprados  
y el vino como fuego.

No es necesario que nuevos ejemplos vengan a fatigar nuestra atención: con los expuestos no creo que haya la menor duda acerca de esta influencia horaciana en los orígenes de la poesía en Cuba.

Los momentos horacianos  
en la poesía de Heredia

En primer término nuestro Heredia es traductor de Horacio. No podía por menos de ensayar la traducción del gran poeta, quien había afirmado su aprendizaje humanístico en la obra del amigo y confidente de Mecenas. La traducción no aparece en el más antiguo manuscrito del poeta, los *Ensayos Poéticos*, cuyo original autógrafo poseo, sino en la colección que en 1820 y en México había preparado para la imprenta y que hoy, en manuscrito, guarda nuestra Biblioteca Nacional. En las páginas 119 y 120 hay la siguiente traducción de la Oda a Póstumo, que es la XIV del segundo libro de Horacio. Dice así:

¡Ay Póstumo!, los años fugitivos  
se deslizan sin fin: la virtud misma  
no puede temer a las arrugas,  
a la vejez y a la indomada muerte.  
Aunque ofrezcas, amigo, cada día,  
un holocausto de trescientos toros  
al infernal Plutón, inexorable  
al que a Ticio y Gerión, el de tres cuerpos,  
en freno pone con las ondas tristes,  
que hemos de navegar cuantos comemos  
de la tierra los dones y los frutos,  
o ya seamos poderosos reyes,  
o labradores míseros, y en vano  
huiremos de la guerra sanguinosa  
y de las ondas crueles del mar ronco;  
en vano en el otoño temeremos  
al Austro que a los cuerpos es dañoso.  
De ver tenemos el Cocito negro  
errante y de corriente perezosa,  
y la infame familia de Danao

y a Sisifo infeliz, hijo de Eolo,  
a trabajo perpetuo condenado.  
Dejaremos la tierra y nuestra casa  
y la esposa querida, ni de todos  
esos árboles bellos que cultivas,  
ha de seguirte, momentáneo dueño,  
sino el ciprés fatal y aborrecido  
y gustará más digno tu heredero  
la cuba que guardaste con cien llaves  
y teñirá el soberbio  
con vino superior al que se gasta  
de nuestros agoreros en las cenas.

Andaba Heredia en los 17 años cuando escribió esta traducción que tiene mucho de ejercicio escolar. Hay infidelidades notorias: el verso

*Absumet haeres coecuba dignior*

no se interpreta con exactitud, puesto que el *cécubo* era un vino de Campania muy estimado y aquí aparece convertido en *cuba*, o sea el recipiente de toda clase de vinos.

Don Javier de Burgos tradujo así este pasaje en su clásica colección de Poesías completas de Horacio:

El *cécubo* que antes  
cien llaves escondían,  
heredero más digno  
consumirá con generosa prisa.

En cambio en Heredia el sentido de poesía cotidiana de la oda me parece más lograda que en el humanista y político español:

Dejaremos la tierra y nuestra casa,  
y la esposa querida, ni de todos  
esos árboles bellos que cultivas,  
ha de seguirte momentáneo dueño,  
sino el ciprés fatal y aborrecido.

dice la traducción del poeta cubano, mientras que la de Burgos es de esta suerte:

De dejar para siempre  
tu consorte querida,

tus campos y tu casa,  
*tarde o temprano llegarate el día*  
y de árbol tanto, que ora,  
dueño fugaz, cultivas,  
sólo el ciprés odioso  
debe seguirte hasta la tumba fría.

### El violentísimo verso

*tarde o temprano llegarate el día*

que por sí basta para borrar toda posible eufonía de la frase poética, coincide con la expresión rebuscada, "muy lamida y peinada", como decía Menéndez y Pelayo, ajena siempre a toda poesía cotidiana y familiar.

Por lo demás, no podemos ser muy exigentes con Heredia, cuando él mismo, que llevó a su edición de Nueva York algunas poesías de sus *Ensayos* (autógrafo de la niñez, comienzos de la adolescencia) excluyó esta traducción horaciana, que nos ha llegado en una colección manuscrita que lleva en la portada la fecha de 1820, o sea la del mismo año en que escribía la primera versión de su maravillosa *Meditación en el Teocalli de Cholula*, que en su más antigua elaboración tiene el título de *Fragmentos descriptivos de un poema mexicano*.

Hemos escrito una palabra que nos revela a un Heredia muy diverso del que tradicionalmente conocemos. Es la palabra *meditación*. La imagen tradicional es la que nos llega, por ejemplo, en una de sus propias poesías características, donde en cierto modo fija nuestro autor los fundamentos de su estética:

Pero a mi alma fogosa es muy más grato  
*dejarme arrebatat por tu torrente,*  
y ornada en rayos la soberbia frente,  
escuchar tus oráculos divinos,  
y repetirlos; como en otro tiempo  
de Apolo a la feliz sacerdotisa  
Grecia muda escuchaba,  
y allá de sacro horror se estremecía,  
y el fatídico acento repetía  
del Dios abrasador que la agitaba.

Quiso expresar Heredia en esta composición el espíritu poético. La tituló simplemente así: *Poesía*. Aparecen en la oda nombres de la

gran lírica antigua y algunos contemporáneos, en forma tan prosaica como vemos en estos versos:

Nos arrebató en Pindaro y Herrera  
y el ilustre Quintana, a las alturas  
de la virtud sublime y de la gloria.

El ánimo se tranquiliza cuando uno ve que en la lista de menciones nominales falta el nombre de Horacio. Sin duda esta poesía malograda tiene un interés para el conocimiento psicológico de su autor. No importa para ello que Heredia se manifieste esencialmente oratorio:

Es el ansia de gloria noble y bella  
yo de su lauro en el amor palpito,  
y quisiera en el mundo que hoy habito  
de mi paso dejar profunda huella....

Y al final, ya sin ambaje el poeta se siente apartado de todo espíritu de humildad:

Algunas efusiones de mi musa  
me sobrevivirán, y mi sepulcro  
no ha de guardarme entero.  
Tal vez mi nombre que el rencor proscribe,  
resonará de Cuba por los campos,  
de la fama veloz en la trompeta.

Aquí hay una clara reminiscencia horaciana: la de la oda a Melpómene, XXX de su libro tercero:

*Non omnis moriar; multa que pars mei  
Vita bit Libitina....*

Don Javier de Burgos tradujo así este pasaje:

No moriré yo entero:  
salvaráse mi nombre esclarecido  
de la onda del olvido.

Es muy curioso que en una composición en la que Heredia expone su estética personal, que, en su expresión formal tan alejada está del canon horaciano, haya estos recuerdos literales y concretos de una



de sus odas más típicas. También hay en la composición de Heredia, en el pasaje de la función religiosa de la poesía, el hondo recuerdo del *Odi profanum vulgus* horaciano (Oda I, libro II de Horacio).

La anterior poesía de Heredia nos trasmite la imagen tradicional del lírico: el poeta en medio de la tempestad desatada y del ímpetu torrencial. Pero hay otra imagen bien distinta en la que le sentimos como en dulce refugio, en el silencio meditativo, en un suave ambiente de apacibilidad deleitosa. Una composición de diverso linaje, de la más alta estirpe espiritual, de las indubitablemente antológicas, nos describe estas dos imágenes: aludimos al bello soneto dedicatoria que aparece al frente de la segunda edición de sus poesías (Toluca, 1832):

Cuando en mis venas férvidas ardía  
la fiera juventud, en mis canciones  
el tormentoso afán de mis pasiones  
con dolorosas lágrimas vertía.  
Hoy a tí las dedico, esposa mía,  
cuando el amor más libre de ilusiones  
inflama nuestros puros corazones,  
y sereno y de paz me luce el día.  
Así perdido en turbulentos mares  
miserero navegante al cielo implora,  
cuando le aqueja la tormenta grave;  
y del naufragio libre, en los altares  
consagra fiel a la deidad que adora  
las húmedas reliquias de su nave.

En este Heredia familiar, cotidiano, meditativo, es donde percibimos una tonalidad horaciana. El anterior bellissimo soneto ya nos muestra esta tónica inconfundible. Hay una delicada imitación de D. Andrés Bello, el patriarca del humanismo americano, de la oda de Horacio, *Oh navis referent* (XIV del libro primero) en la que leemos estos versos:

Presto, erizando cerros,  
vendrá a batir las rocas  
y *náufragas reliquias*  
hará a Neptuno alfombra.

Menéndez y Pelayo en su preciosa colección de *Odas de Horacio traducidas e imitadas por ingenios españoles*, inserta la poesía de Bello en el grupo de las traducciones: en realidad se trata de una imi-

tación gallardísima en donde la expresión *náufragas reliquias* nos recuerda el final magnífico del soneto herediano:

*las húmedas reliquias de su nave.*

No estoy hablando de recuerdos literales, sino de afinidades en una actitud poética. Un ambiente de horacianismo, que descubrimos en la misma selección verbal, en el admirable espíritu de ponderación y armonía, en el propio sentido de límite que caracteriza a la composición, hay en este aspecto de la poesía de Heredia.

Se ha citado siempre la Meditación del Teocalli como el gran ejemplo de esta actitud estética (diría también de conciencia). Es un gran ejemplo, pero no es singular, no es único. En otra composición famosa, aunque de diverso mundo poético, hay también en el rasgo aislado, en la frase sintética, este mismo sentido de la palabra adecuada, del epíteto insustituible, de la justa ponderación: recordemos los versos incomparables, de la oda inmortal, que expresan uno de esos rasgos aislados:

Nada ¡oh Niágara! falta a tu destino  
ni otra corona que el agreste pino  
a tu terrible majestad conviene.

En poesías que pertenecen a ese mismo género de impulso irrefrenable, como *En una tempestad*, encontramos también en el episodio descriptivo la tonalidad horaciana:

Leeré primero los versos iniciales para que se advierta el contraste:

Huracán, huracán, venir te siento,  
y en tu soplo abrasado  
respiro entusiasmado  
del señor de los aires el aliento.

En las alas del viento suspendido  
vedle rodar por el espacio inmenso,  
silencioso, tremendo, irresistible  
en su curso veloz. La tierra en calma  
sinistra, misteriosa,  
contempla con pavor su faz terrible.

Notad ahora la transición:

¿Al toro no miráis? El suelo escarban  
de insoportable ardor sus pies heridos:  
la frente poderosa levantando,  
y en la hinchada nariz fuego aspirando  
llama a la tempestad con sus bramidos.

La poesía, de indudable belleza del principio al fin, tiene cierta propensión o lo solemne, cierto tono herreriano, podríamos decir, que en este episodio del toro —cuadro descriptivo perfecto— se cambia en una expresión más rápida, más directa y por lo mismo de mayor eficacia poética.

Las poesías amorosas en la colección herediana quizá sean la parte más prosaica y más declamatoria a un tiempo de su lírica. Sin embargo, en este mismo linaje de poesías, cuando Heredia tiene una actitud meditativa, vemos esa tonalidad de reposo, de suavidad, de íntima distinción peculiares a todo verdadero clasicismo. Recordad los primeros versos de *A la estrella de Venus*:

Estrella de la tarde silenciosa,  
luz apacible y pura  
de esperanza y amor, salud te digo.  
En el mar de occidente ya reposa  
la vasta frente el sol y tú en la altura  
del firmamento solitaria reinas.

Nótese la antinomia con la parte final de la composición que hace recordar el juicio de D. Antonio Cánovas del Castillo cuando llamaba a estas poesías de Heredia "cartas amatorias escritas en verso" (1):

Ahora me miras  
amar también, y amar desesperado  
huír me ves al objeto desdichado  
de mi estéril pasión, que es mi tormento  
con su belleza misma....

En ocasiones un sentimiento romántico fundamental se incorpora a una expresión de lineamientos clásicos. Recuérdense estos versos de *Atala*, poemita que tiene su fuente en la prosa lírica de Chateaubriand:

(1) Artículo sobre Heredia en la *Revista Española de Ambos Mundos*. Madrid, 1855.

Tu bello rostro  
es más grato de Atala al blando pecho  
que la sombra del bosque al medio día,  
o los silbidos del furioso viento  
cuando sacuden la cabaña mía  
en medio de la noche silenciosa.

.....  
El blanco lirio  
cuando con majestad sobre su tallo  
mécele fácil apacible brisa,  
no es más gallardo y bello que mi amante.

En la primera edición de Nueva York se recogió ya una pequeña oda de Heredia, que sin tener recuerdos literales del venusino me atrevo a calificar de típicamente horaciana, por sus proporciones, por la contención verbal, por el espíritu de selección que la inspira. Es la oda *A mi caballo*:

Amigo de mis horas de tristeza,  
ven, alivíame, ven. Por las llanuras  
desalado arrebátame, y perdido  
en la velocidad de tu carrera,  
olvide yo mi desventura fiera.

Huyeron de mi amor las ilusiones,  
para nunca volver de paz y dicha  
llevando tras de sí las esperanzas.  
Corrióse el velo: desengaño impío  
el fin señala del delirio mío.

¡Oh! ¡Cuánto me fatigan los recuerdos  
del pasado placer! ¡Cuánto es horrible  
el desierto de un alma desolada  
sin flores de esperanza ni frescura!  
Ya ¿qué le resta? Tedio y amargura.

¡Este viento del Sur! ¡Ay! me devora  
si pudiera dormir... En dulce olvido  
en pasajera muerte sepultado,  
mi ardor calenturiento se templara  
y mi alma triste su vigor cobrara.

¡Caballo! ¡Fiel amigo! Yo te imploro.  
Volemos ¡ay! Quebrante la fatiga  
mi cuerpo débil: y quizá benigno  
sobre la árida frente de tu dueño  
sus desmayadas alas tienda el sueño.

Débate yo tan dulce refrigerio...  
Mas otra vez avergonzar me hiciste  
de mi insana crueldad, y mi delirio,

al contemplar mis pies ensangrentados  
y tus hijares ¡ay! despedazados.

Perdona mi furor: el llanto mira  
que se agolpa en mis párpados... Amigo,  
cuando mis gritos resonar escuches,  
no aguardes, no, la devorante espuela,  
la crin sacude, alza la frente y vuela.

¿No es cierto que esta poesía bellísima, en la que una emoción personal que casi bordea el sentimentalismo logra la expresión insustituible, nos hace recordar las palabras agudas de D. Miguel Antonio Caro acerca del arte horaciano: "del habitual uso de imágenes resulta la costumbre de delinear los objetos: la individualización; porque los términos genéricos expresan ideas vagas, y no se puede pintar sino particularizando, o mejor dicho, individualizando la cosa"? Caro concluye, después de un expresivo ejemplo horaciano: "sabe el arte de pintar con palabras".

Este arte lo poseyó Heredia con insuperable maestría. El paisaje se recreaba al pasar por el poeta: le daba su íntima y personal emoción, su sentido espiritual.

En 1837, cuando Heredia ha llegado a la cumbre de la buena fortuna y ha visto qué fugaces son los honores y los lauros, cuando su alma se purifica en la soledad, se acuerda aún de su viejo espíritu y se va a la montaña. Sube al Nevado de Toluca. Escribirá entonces:

"Dos días forman época en mis recuerdos por haberse asociado a grandes misterios y prodigios de la naturaleza. En el último subí al Nevado de Toluca: el anterior me vió inmóvil, atónito al pie de la gran catarata del Niágara".

La identificación del lírico con su paisaje le torna poeta contemplativo. En la soledad de sus días postreros, aún en la fuerza de la mocedad, aquel hombre que tenía como don natural el de la elocuencia, fué envolviéndose en un silencio penetrante. Vivió entonces el horacianismo del *Beatus Ille*, el que más cuadra a todo espíritu genuinamente cristiano, como era el del poeta.

Al modo del Licinio de la oda horaciana, sentiría el viento de la tempestad que abate los pinos más erguidos; sentiría que así en la prós-

pera como en la infeliz fortuna, todo es fugitivo, ondulante y diverso. Y el grito angustioso del venusino, su *nom omnis moriar*, no despertaría entonces en su alma un sentimiento de vanidad sino sería la honda y cristiana expresión de la perdurabilidad del espíritu. A los cien años de su tránsito en la tierra, el arte de Heredia, en aspectos esenciales, llega a nosotros con este acento inconfundible de perdurabilidad.

---